

LA GRANJA HUMANA

Fábulas para el siglo XXI

• JORGE BUSTOS •



LA GRANJA HUMANA

Fábulas para el siglo XXI

• **JORGE BUSTOS** •

Ariel

1.^a edición: junio de 2015

© 2015, Jorge Bustos

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2015: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2229-2

Depósito legal: B. 10.759-2015

Impreso en España por Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

Prefacio	11
 I. POPULISMO	
Vota cuervos y te sacarán los euros	17
Feminismo a precio justo	21
El griego que quiso vender su cerda a un alemán	27
Gloria y miseria del perfil alto	31
La consunción por exceso de amor	35
Cigarra antes que hormiga	39
La felicidad de los erizos abstinentes	45
La charca democrática	51
La mujer como campo de batalla	55
La necesidad de educar en la desigualdad	61
El abecé del buen demagogo	65
 II. CORRUPCIÓN	
A cualquier zorreo se le llama triunfar	71
Del paternalismo público al incesto, un paso	75
Si el cargo se carga al hombre	79
Los estómagos agradecidos solo sirven para eructar	83
Un respeto a los cínicos	89
Vivir es ondularse	93
Los embrutecedores efectos del diálogo	97
La importancia de ser un grajo	101
La impracticable ley del deseo	105
La multitud nos hace esclavos	109
Discutir humaniza	113
El negocio piramidal de la imaginación	117
Tener el quijotismo bajo control	123

III. VIEJA POLÍTICA

Bendición y condena del bipartidismo	129
La utilidad del voto al inútil	133
La dulce tentación del micrófono	137
La diplomacia es temblar después de haber reído	141
Las mayorías absolutas no son para enterrarlas	145
La tiranía del corto plazo	149
El silencio de los leones y la voz de los corderos	153
El molinero que encontró su conciencia	157
El rendimiento fijo de la generosidad	161
Todas las pompas son pompas fúnebres	165
En pos del elefante de la mayoría	169
Ni la solemnidad leonina ni el cinismo conejero	173

IV. CIUDADANÍA

No es crisis todo lo que reluce	179
La culpa como solución	183
La belleza no es enemiga de lo útil	187
No os resignéis a no resignaros	191
El orgullo de ser tortuga	195
Fenomenología del tonto con flauta	199
La autenticidad empieza por una pausa reflexiva	205
El clamoroso escándalo de la inacción	211
El capitalismo del espíritu	215
El rebaño no tolera la excepción	219
El mercado, o las ventajas de vivir en una serpiente	223
Nobleza obliga, mesocracia avergüenza	227
La fatigosa esclavitud de ser modernos	233

V. OTRAS BESTIAS

A Samarra en nuestro propio caballo	241
La verdad íntima de la obra bien hecha	245
La difícil relación entre fe y orografía	249
Cuando el buitre planea	255
Por un nuevo desagravio a Góngora	259
Redescubriendo las virtudes del pecado	263
Fútbol es fútbol, pero no solo	269
El buen ateo no cree en Dios pero sí en la Iglesia	275
Orégano y estiércol: el monte del nuevo periodismo	281
Bibliografía consultada	287

El águila, el cuervo y el pastor

Lanzándose desde una cima, un águila arrebató a un corderito. La vio un cuervo y, tratando de imitar al águila, se lanzó sobre un carnero, pero con tan mal conocimiento de la técnica que sus garras se enredaron en la lana; y batiendo al máximo sus alas, no logró soltarse.

Viendo el pastor lo que sucedía, cogió al cuervo y, cortando las puntas de sus alas, se lo llevó a sus niños. Le preguntaron sus hijos acerca de qué clase de ave era aquella, y les dijo:

—Para mí sólo es un cuervo; pero él se cree águila.

(ESOPHO)

Vota cuervos y te sacarán los euros

La mejor consecuencia de la crisis es que ha bajado nuestro umbral de tolerancia a la corrupción. Este razonamiento se lo hemos oído a columnistas conservadores y a Íñigo Errejón, e incluso uno mismo ha incurrido en él algunas mañanas en que se entrega al depravado ejercicio de la tertulia televisiva. Ojo, yo creo que el argumento es válido: que constata un cambio sociológico real. Pero llevado hasta su radicalidad lógica equivale a decir que el español permite que le roben mientras él mismo no sienta la merma en sus bolsillos, o mientras pueda seguir escriturando su vivienda muy por encima del precio de mercado, corrupción ciudadana que nadie denuncia. Cuando la fiesta termina y se presenta la troika a cerrarnos el bar,

entonces descubrimos súbitamente el deber de la ejemplaridad pública. Y entonces exigimos que los cuervos de toda la vida sean águilas.

Sospecho que revelamos un fondo religioso al admitir el papel de la calamidad económica como purgante moral de un país: es la vieja idea bíblica de la purificación por el dolor. La ascesis del arruinado. Pero también la religiosidad griega castigaba al hombre que se equiparaba a los dioses, al cuervo que se soñó águila. A este impulso humano, demasiado humano, lo llaman ahora los economistas ortodoxos (el coro trágico de nuestro tiempo) «vivir por encima de nuestras posibilidades». Así que Grecia no ha cambiado tanto desde Esopo, después de todo.

Pero ¿es culpable el cuervo de querer imitar la gallarda eficiencia del águila? ¿No se nos dice que debemos ser productivos, restituir la ejemplaridad, aprender de los mejores en un mundo competitivo? Precisamente nos gustan las historias de metamorfosis porque encarnan la posibilidad de un desclasamiento, de un ascenso (o caída) social que refuta el determinismo. Nos acarician el libre albedrío. ¿Quién nos ha condenado a ser siempre cuervos? A ver, quién.

Esta queja del hombre moderno es perfectamente natural. Pero si alguna utilidad tienen los textos clásicos es ese bajo continuo de advertencia que nos da el sensato contrapunto a nuestra legítima ambición. Con el estoicismo en la mano, no creo que Steve Jobs fundara nunca Apple, habiendo nacido bastardo como el propio Esopo, y sin embargo tanto Esopo como Jobs lograron pasar a la historia venciendo una condena de nacimiento. La clave del asunto es que Esopo y Jobs llegaron a volar como las águilas porque paliaron el «mal conocimiento de la técnica» que en la fábula no solo ridiculiza el intento del cuervo, sino que lo deja a merced del pastor que lo captura. El conocimiento es la llave de nuestro éxito; esta sentencia parece sacada de un manual de autoayuda para emprendedores ágrafos, pero es que es cierta.

Fijémonos ahora en el pastor y sus hijos. El pastor cumple la función de némesis divina de la arrogancia córvida, pero también de educador, de transmisor de conocimiento a sus hijos, que simbolizan la comunidad. La curiosidad humana habla por boca de los

niños y formula la pregunta ontológica: qué animal es ese. No qué parece, sino qué es: cuál es su especie. Y el padre señala la distinción epistemológica entre el ser y el parecer, y de paso se chotea de las ínfulas del cuervo, al que para más inri ha recortado las puntas de las alas.

Ser o parecer: he ahí la cuestión, y que nos perdone la paráfrasis sir William. La crisis ha causado un estrechamiento entre dos líneas paralelas que en los tiempos alegres jamás se cruzaban: el raíl por el que circulaba nuestro tren de vida y el albarán trucado del kilometraje que luego presentábamos en público. Lo hacían los políticos y lo hacíamos nosotros. El espacio delimitado por ambas líneas marca lo que en trigonometría moral podríamos bautizar como «conjunto de libre hipocresía». Ahora, la amenaza de ruina achica el tablero y nos fuerza a recuperar la coherencia arrumbada en el desván de los trastos inservibles, junto a los documentales de La 2 y la inversión nacional en I+D+i. Por un tiempo no va a haber ocasión de vivir como águilas con las alas de un cuervo.

El populismo, que es lo más contrario a la textura ética de las fábula esópicas que podemos imaginar, niega directamente que existan cuervos y águilas. El populista es un cuervo que no solo se presenta como águila, sino que pretende convencer al elector de que, siéndolo él también, unas fuerzas oscuras no le permiten desarrollarse plenamente y cazar carneros como chinches. Al ciudadano del más negro plumaje le persuade el populista de que tatará el sol en majestuoso vuelo con solo que introduzca la papeleta adecuada en una urna. Y este ciudadano, que también alberga sus aéreas fantasías, aunque quizá no está dispuesto a trabajar duro para adquirir el conocimiento que precisa su realización, vota al populismo. Es un gesto desde luego más llevadero que ponerse a estudiar. Y es un gesto que finalmente no servirá para elevarlo, sino para abajar a todos los demás, a excepción de las águilas más inalcanzables que enseguida migrarán a aires más cálidos, llamados paraísos fiscales. El último giro de esta trama es la conversión del Estado en un comedero de buitres intervencionistas que exhiben entre sus plumas la escarapela distintiva del politburó.

Damos por hecho que Varoufakis, ministro griego de Finanzas, ha leído a su paisano Esopo. Pero dudamos que lo haya entendido.

De otro modo no se presentaría como un águila ante su pueblo, ni trataría de disimular con retórica igualitarista su coqueta existencia de privilegiado entre cuervos, ni devendría finalmente cordero ante Angela Merkel.

Las cabras y sus barbas

Las cabras habían obtenido su barba por una petición a Zeus, lo que provocó que los machos cabríos quedaran profundamente disgustados, y se quejaban de que las hembras los igualaran en dignidad.

—Permitidles —dijo Zeus— que ellas disfruten de un honor vacío y que asuman la insignia de vuestro noble sexo, en tanto que ellas no os igualarán a vosotros en fuerza o coraje.

(Esopo)

Feminismo a precio justo

No cabe esperar de Esopo, griego del siglo VII antes de Cristo, un cántico a la igualdad de género. Pero un machista que leyera esta fábula —y ya es mucho fabular imaginarse a un machista leyendo—, lamentará que ya entonces las mujeres anduvieran molestando a Zeus con pretensiones igualitaristas. Y una feminista poco matizada que leyera esta fábula —algunas hay que no salen del género Beauvoir y se nota— se quejará de lo poco que se ha avanzado desde entonces.

Opinar sobre feminismo es como plantear un debate en televisión y terminar convenciendo al tertuliano de enfrente. Teóricamente es posible, pero si uno sale por ahí a contarlo nadie le creerá. Uno teclea la sola palabra «feminismo» y siente de golpe los ojos de

la mitad en armas de la población mundial —y parte de la otra— clavándose en la pantalla por encima de su hombro, a ver qué vas a decir. Pretender salir airoso del envite es una ilusión. Por mucho que afines el matiz y ponderes el argumento, sabes que tu quijotada está condenada al fracaso: que aquella frase será blandida triunfalmente por unas para dictar contra ti la terrible fatwa rosa, mientras que otros descontextualizarán aquel párrafo para acusarte de calzonazos, mojabragas y vendido al demagógico favor de las lectoras, que suelen ser más que los lectores. Y sin embargo, uno no puede aspirar a algún honor intelectual si topa con el tabú y lo rodea con cuquería, por políticamente correcto que resulte ese tabú e insomne el celo con que lo patrullen sus guardianes.

Si un columnista al uso decide escribir sobre feminismo, primero llama a sus padres, se despide también de su novia y baja al chino y al contenedor de la obra a aprovisionarse de cerveza y sacos terreros, si bien también podría aprovisionarse de sacos terreros en el chino y de cerveza en la obra.

Pero lo cierto es que el feminismo mejor intencionado a menudo se queda en el plano meramente discursivo de las cosas —ese «honor vacío» que equivale a la barba de las cabras—, donde ciertamente es tan exitoso que apenas ha dejado sensibilidad sin colonizar. Es posible que el feminismo profesado y la mujer real mezclen como el agua y el aceite, pero esa es otra cuestión y corresponde a antropólogos, biólogos y sociólogos dirimirla. Lo que vengo a decir es que afortunadamente pertenezco a la raza de los hombres que sí amaban a las mujeres, pero también a la de los que aborrecen los salvoconductos bobos de la corrección política. Hoy basta con proclamar una condena cómoda al último rebuzno en Twitter de un concejal atávico para ganar un debate, y la proporción de mujeres que critican los cargos por cuota es mínima o inaudible. Quizá por conformidad, quizá por temor. Quizá por provecho o quizá por pereza. Mal hecho en todos los casos si se quiere librar una lucha honesta por el pleno respeto a la mujer y contra el paternalismo de la cuota.

Yo pienso que tanto las glosas a los morritos del peperero León de la Riva como la manifestada predilección por las tetas gordas del comunista Diego Valderas pertenecen a una fase anticuada —y

peor— de la vida pública española, y su cuñadismo declarativo es desde luego intolerable. Ambos fueron votados por un buen número de mujeres que quizá consideraron veniales sus exabruptos; otras urnas cantarían si su política derivara del rincón freudiano de su mente, espero. Por otro lado, que levante la mano el o la que puede presentar una inmaculada hoja de servicios antisexistas, e incluyo las despedidas de soltero/a. La hipocresía pública en este asunto es colosalmente proporcional a su indelicadeza íntima.

El machismo es una de las primeras taras que desaparecen cuando el macho lee, viaja un poco y liga algo con mujeres interesantes. Supongo que al sexo opuesto le ocurrirá lo mismo; sospecho, asimismo, que los amores homosexuales no están exentos de prejuicios sexistas matizables (¡o empeorables!) por la experiencia. El machista, por los que he conocido, suele ser un tipo que o bien nunca les ha resultado atractivo a las mujeres, o bien se lo ha resultado demasiado, tipo ciclado de gimnasio o prohombre de la política o la empresa. El éxito inmuniza tanto como el fracaso: la idea es tan poco original que está en Kipling.

Subsisten desigualdades salariales que no son correlativas al grado de eficiencia acreditado por la trabajadora, y hay que decirlo. Me asquea el machismo no ya en el crimen, sino en el piroppo inelegante a la compañera de trabajo aún por conocer. El respeto es una conquista de la inteligencia y de eso nuestro país nunca fue sobrado, aunque peores son los italianos, a los que durante tanto tiempo ha gobernado don Silvio Berlusconi.

Dicho lo cual —no me cabe una venda más antes de la herida—, quizá la pedagogía feminista está llegando demasiado lejos. La sola palabra «mujer» se ha cargado de ideología; ha desalojado lo biológico hasta el punto de dar nombre a pintones pesebres políticos, con algún resabio siniestro de ingeniería social: «Dirección General de la Mujer». Me produjo alivio la fiesta de ingenio que se montó a raíz de un tuit de una joven periodista muy concienciada (valga el pleonismo) que hace poco escribió, suponemos que roja de indignación: «#machismopúblico He ido a la biblioteca a estudiar como todas las mañanas y el chico de enfrente me ha dicho que si quería tomar café». La víctima no era en principio una adolescente impresionable, sino una joven periodista que entonces escribía en *El País*. Al ins-

tante se desató la previsible cascada de ironía —«Tía, hoy me caí en el metro y eso no es lo peor: ¡un tío me preguntó si estaba bien!»—, que es el recurso que el hombre occidental inventó para minar el absolutismo e inaugurar la modernidad. Y contra la ironía se irguió también de inmediato la empalizada trascendental del feminismo intolerante: «Lo que llevo mal es ver a mujeres haciendo chistes sobre el feminismo. Es como ver a un negro riéndose de la lucha contra el *apartheid*», escribió un tuitera activista de lo suyo, llevando el noble arte de la analogía a extremos realmente escabrosos. Lo que me preocupa es que un día esa ironía necesaria sea perseguible de oficio. Que pronto se inventen algo como «genocidio sexista estructural» y empiece la cacería. Ese revanchismo soñado al que cantaba Bebe en la cabecera de *Aída* (la de Telecinco, no la de Verdi): «Ya era hora, ahora me toca a mí».

Recuerdo por ejemplo el caso de la denuncia falsa de violación que en agosto de 2014 interpuso una joven contra cinco muchachos en el etílico contexto de la feria de Málaga. Todo el mundo prejuzgó a los cinco machos priápicos y dictaron sentencia en redes sociales. La denuncia de la presunta violada llegó al juzgado que casualmente ocupaba una mujer. En cuanto la jueza vio el vídeo de los hechos, decidió la inmediata liberación de los sospechosos. Pues bien: ni siquiera entonces se atrevía casi ningún tertuliano o periodista a sugerir la falsedad de la denuncia. Meses después la joven acabó aceptando la sentencia a diez meses de prisión por denuncia falsa, pero nadie pidió perdón por madrugar la condena de cinco inocentes. En ese caso, como en tantos otros, condiciona la opinión pública una superestructura feminista un pelín opresiva que impide constatar la realidad de las denuncias falsas so pena de pasar por infecto machista. ¿Acaso no es compatible fomentar la denuncia entre las víctimas de maltrato y castigar la injusticia eventual de las falsas denunciantes, por muy minoritaria que sea en comparación?

En sus picos más delirantes, el feminismo de trinchera entrega genialidades como la de aquella activista de Podemos que prescribió la penetración anal de mujeres a hombres, alegando que la cópula común perpetúa la cultura patriarcal y heteronormativa (sic: que no se trata solo de jodernos, sino de joder de paso la gramática). En sus rondas ordinarias, el feminismo de guardia se limita a faenas de

aliño como prender la hoguera automática debajo de Ana Botella —y Dios sabe que yo he puesto allí algún palito en razón de su obsesión recaudatoria— por decir un día que hay menos bomberas que bomberos porque hay más chicos que superan las pruebas físicas para acceder al cuerpo, cuando todos aceptamos que las hermanas Williams serían las únicas capaces de competir contra Nadal o Djokovic, miembros del sexo al que el Zeus de la fábula restringe la «fuerza y el coraje».

Aceptamos que el precio de la libertad, tanto de hombres como de mujeres, es la eterna vigilancia. Aceptamos también que el precio de la igualdad es el control de la lógica descarnada del capital, que no quiere a embarazadas en sus cadenas de producción. Pero no aceptaremos nunca que el precio del feminismo pueda ser la cordura, ni un elemental sentido del ridículo.